

José Luis Rodríguez Jiménez

BAJO EL MANTO DEL CAUDILLO

Nazis, fascistas y colaboracionistas
en la España franquista

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© José Luis Rodríguez Jiménez, 2024
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-609-5
Depósito Legal: M. 663-2024
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
1. VENCIDOS, PERSEGUIDOS Y REFUGIADOS EN ESPAÑA EN LOS ESTERTORES DE LA SEGUNDA GUERRA MUN- DIAL	17
La etapa parisina de Pedro Urraca y Hélène Cornette	23
Cambian las tornas en Francia: represión de los colaboracionistas....	29
Los servicios franceses cazan gestapaches en España.....	31
Los Aliados deciden juzgar los crímenes nazis. La Liberación de Francia provoca una oleada de refugiados en España	33
La inteligencia militar francesa invita a la española a visitar París.....	42
Hitler se suicida y el jefe del Gobierno de Vichy aterriza en Barcelona	48
El Heinkel 111 en el que viaja Léon Degrelle se estrella en la playa de La Concha.....	52
2. ¿A QUIÉN ESCONDEMOS Y DÓNDE? LA PRESIÓN SOBRE EL RÉGIMEN DE FRANCO PARA LA ENTREGA DE REFU- GIADOS	71
Degrelle: un paciente condenado a muerte	71
Clara Stauffer y María Luisa Narváez entre las amistades de Degrelle.	75
A la espera de la decisión de Franco, Degrelle se dedica a escribir ...	85
El caso Laval y la persecución de la familia de Degrelle	98
Los Aliados reclaman al Gobierno de Franco la entrega de capitales y la venta de empresas alemanas	105
Los Aliados reclaman la repatriación del personal al servicio del Ter- cer Reich	110
El refugio del Hospital Penitenciario Eduardo Aunós de Madrid.....	124

3. LA FUGA DE LOS DERROTADOS Y LA «DESAPARICIÓN» DE DEGRELLE.....	131
Perón, un admirador del nazismo, se convierte en presidente de Argentina.....	132
Madrid como refugio y escala en la ruta a Argentina	137
Argentina: destino de nazis y ustasas en fuga	145
El caso Degrelle.....	151
Los alemanes reclamados al Gobierno de Franco que resultaron «ilocalizados»	155
La «desaparición» de Degrelle.....	167
El Gobierno de Franco promete entregar a Degrelle a Bélgica si «regresara» a España.....	174
4. NAZIS Y FASCISTAS SE INSTALAN EN ESPAÑA.....	179
Oficiales húngaros y rumanos ocultos en la Legión.....	183
Léon Degrelle (Juan Sanchiz) se traslada a la sierra sevillana	187
Llega el ustasa Vjekoslav Luburić, el asesino de Jasenovac.....	191
El atentado contra Pavelić en Argentina. El poglavnik se reencuentra con otros ustasas en Madrid	196
Espías extranjeros al servicio del Alto Estado Mayor	200
El oficial de las SS Otto Skorzeny rehace su vida en Madrid.....	213
5. LOS CAZADORES DE NAZIS.....	229
Hélène Cornette, entre Bruselas, Madrid y Sevilla	233
Léon Degrelle reaparece con la publicación de <i>Almas ardiendo</i>	236
Léon Degrelle pasa a llamarse León José de Ramírez Reina	244
La presencia de Degrelle en Constantina, un secreto a voces.....	250
Aunque Degrelle «no vive en España», su único hijo varón muere en un accidente de moto en Sevilla	255
Anne Degrelle se instala en La Carlina y su hermana Godelieve contrae matrimonio en Constantina	260
Cazanazis en España.....	265
6. LA OAS EN ESPAÑA Y LA <i>LEX DEGRELIIANA</i>	273
La fundación de la OAS y la colaboración española.....	283
Las implicaciones españolas en el viaje de Salan a Argel.....	286
El lento final de la colaboración española con la OAS.....	293
Degrelle abandona La Carlina	297
El caso Verbelen y la Lex Degrelliana.....	300
7. LOS REFUGIADOS DE EUROPA DEL ESTE Y EL ASESINATO DE LUBURIĆ.....	307
El apoyo del Ministerio de Asuntos Exteriores.....	310

La comunidad rumana	314
El archiduque Otto y Simeón de Bulgaria	318
El asesinato de Luburić en el aniversario del nacimiento de Hitler...	322
Otto Skorzeny se esfuerza en ser una leyenda	329
Degrelle es apercebido por el MAE a causa de su deseo de protagonismo.....	333
El Consejo de Ministros acuerda la expulsión o el confinamiento de Degrelle	340
EPÍLOGO	347
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y ARCHIVÍSTICAS	363
1. Vencidos, perseguidos y refugiados en España en los estertores de la Segunda Guerra Mundial	363
2. ¿A quién escondemos y dónde? La presión sobre el régimen de Franco para la entrega de refugiados	367
3. La fuga de los derrotados y la «desaparición» de Degrelle.....	374
4. Nazis y fascistas se instalan en España.....	379
5. Los cazadores de nazis	384
6. La OAS en España y la «Lex Degrelliana».....	388
7. Los refugiados de Europa del Este y el asesinato de Luburić	394
BIBLIOGRAFÍA.....	399
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	407

INTRODUCCIÓN

En abril de 1989 organizaciones neonazis lanzaban una convocatoria conjunta a nivel mundial para celebrar el centenario del nacimiento de Adolf Hitler. En Europa, como respuesta, todos los países fueron prohibiendo las celebraciones excepto uno: España. De ahí que la organización neonazi Círculo Español de Amigos de Europa (CEDADE) invitara a los representantes de los partidos amigos a asistir al acto de conmemoración que tendría lugar en Madrid.

En ese momento yo había terminado la carrera de Geografía e Historia en la Universidad Complutense de Madrid e iniciaba bajo la dirección del profesor Antonio Fernández García la que sería mi tesis doctoral, dedicada a la extrema derecha española desde el tardofranquismo a la consolidación de la democracia (1967-1982). Con el propósito de ampliar mi archivo personal, procuraba estar al tanto de los actos que las organizaciones de extrema derecha, neofascistas y neonazis convocaban en Madrid y en otras ciudades. Lo hacía mediante la observación indirecta —es decir, a través de los boletines internos de las organizaciones— y también gracias al contacto con personas relacio-

nadas con esas formaciones políticas. Supe, por tanto, que ese 20 de abril se celebrarían algunos actos privados en Madrid y en Barcelona —ciudad esta donde habían surgido los principales grupos neonazis españoles— y que el domingo 23 estaba convocado un homenaje a Hitler en el cine Palacio de la Música, en el centro de la capital.

Indignados ante el anuncio de semejante celebración, diversos colectivos ciudadanos y organizaciones políticas elevaron a las autoridades una serie de protestas. Como parte de sus argumentación, recordaban que en la Resolución 38/99 de 16 de diciembre de 1983 sobre «medidas que se han de adoptar contra las actividades nazis, fascistas y neofascistas», la Organización de Naciones Unidas instaba a los Estados miembros «a que presten atención a las amenazas a las instituciones democráticas que representan las citadas ideologías y prácticas» y a que se examinase la conveniencia de adoptar medidas, de conformidad con sus sistemas constitucionales nacionales y las disposiciones de la Declaración Universal de Derechos Humanos, «para prohibir o impedir de algún otro modo las actividades de grupos y organizaciones o de quien quiera que practique esas ideologías». De igual modo, el Parlamento Europeo había emitido diversas resoluciones sobre las manifestaciones nazis en los países de la Comunidad, e invitado a los Estados miembros a tomar las medidas necesarias para evitar la repetición de hechos de este género.

Finalmente, la Delegación del Gobierno en Madrid prohibió el acto. Lo hizo con retraso, motivado este por la reflexión sobre los límites a la libertad de expresión, pero también por la habitual permisividad de los Gobiernos de la dictadura y de la democracia hacia las expresiones públicas de ideas racistas y ultranacionalistas. La Delegación justificó esa decisión argumentando que existían indicios racionales de que dicha celebración en un espacio público produjese graves alteraciones de la seguridad ciudadana, y basándose en el contenido de una ley de 1959. Es decir, la Delegación se vio obligada a recurrir a una disposición legal de la época franquista y destinada a reprimir la oposición a la dictadura. Como último recurso, los convocantes decidieron trasladar el acto al cine Benlliure, lo que no evitó que la citada Delegación advirtiera de su prohibición y de la responsabilidad adquirida por quien tratara de vulnerarla.

No obstante, suponiendo que habría algún tipo de concentración, me desplazé ese domingo por la mañana a Madrid, a la búsqueda de

algún material escrito y de la observación directa del acontecimiento. El cine estaba cerrado y en sus alrededores se iban concentrando entre doscientos y trescientos neonazis y ultraderechistas, con la policía antidisturbios vigilando a distancia y algunos periodistas nacionales y extranjeros tomando imágenes y persiguiendo alguna entrevista con los portavoces de las organizaciones neonazis. Un dirigente de CEDADE, Pedro Varela, y un negacionista alemán de los crímenes nazis, Thies Christophersen, dirigieron unas palabras a sus partidarios. Entre tanto, me mezclé entre los periodistas y esperé a que llegara mi contacto. A través de este y de uno de los organizadores del homenaje a Hitler supimos que el mitin programado se trasladaría a un local privado y con la audiencia reducida a los periodistas, los invitados extranjeros y unas decenas de simpatizantes españoles. A mí me interesaba reunir todos los datos posibles, pues venía siguiendo la pista a uno de los invitados, Léon Degrelle, desde que conociera algunos bosquejos de su vida en España. Además, ya tenía pensado escribir sobre la denominada «corriente revisionista», esa que rechazaba la investigación académica que había tratado de esclarecer cuál fue la verdadera motivación del régimen nazi y qué decisiones se tomaron para llevar a cabo el exterminio de los judíos europeos y de otros colectivos de población; un exterminio que dicha corriente negaba, tratando como mera invención la documentación aportada por los historiadores que probaba los planes de asesinato.

Así pues, nos desplazamos en pequeños grupos al lugar donde nos habían convocado, la sede de CEDADE. Nos sentaron agrupados en el suelo de una sala y quedamos rodeados de militantes nazis, formando un semicírculo de varias filas frente a la mesa y sillas reservadas para quienes iban a lanzar su arenga con la esperanza de que los medios de comunicación la recogieran y difundieran durante los días siguientes. Varios llevábamos grabadoras, y en esta ocasión la mía funcionó sin problemas. En primer lugar, tomó la palabra Florentin Rost van Tonningen, esposa del líder nazi danés Meinoud van Tonningen, para manifestar que quienes «nos dirigen hoy en día son verdaderos criminales y algún día serán juzgados». Después intervinieron Thies Christophersen y Ewald Althaus, en representación de los neonazis alemanes. A continuación de sus breves discursos, traducidos para la concurrencia, tomó la palabra el invitado principal, el belga Léon Degrelle, quien ve-

nía estimulando y orientando la labor de los neonazis españoles. A sus ochenta y tres años, Degrelle conservaba una parte de las capacidades oratorias por las que se había distinguido entre los líderes fascistas y ultraderechistas de la Europa de los años treinta, y que décadas después trasladara a las entrevistas y documentales que le fueron dedicados, en los que siempre se comportaba como si estuviera en un mitin. Además, se le notaba enfadado por la prohibición de un acto político en el que, de haberse celebrado, habría sido la estrella y merecedor de largos aplausos por parte de un público entregado a su causa y a su persona. Su intervención en castellano estuvo plagada de ironías dirigidas a los periodistas y de críticas al Gobierno español, para concluir con el recuerdo de Hitler y una valoración triunfal, y amenazante, de los avances de la extrema derecha xenófoba en Europa:

Hoy es para nosotros un gran día, el recuerdo del genio del siglo. Muchos no lo admiten, pero nosotros lo tenemos en nuestro corazón. Los otros, si no lo entienden, por lo menos tienen miedo. Y es lo importante. Hemos visto el pánico en Alemania, en Austria, y el pánico aquí... Hay motivos para tener miedo. Se ven ya los resultados. En Francia cuatro millones y medio de franceses han votado por Le Pen... No nos han aplastado, estamos aquí llenos de vida y por muchos años.

Con lo que vi y escuché ese día publiqué un artículo en *El Independiente*, al que siguieron otros en *El País* y en revistas especializadas, y varios libros sobre la extrema derecha española y el neofascismo en Europa y Estados Unidos. Así, mientras trabajaba en estos y otros temas comencé a dar forma a un libro dedicado a los refugiados políticos en la España de Franco. Gracias a la consulta de la bibliografía disponible sobre el tema y al trabajo en archivos, sobre todo en el del Ministerio del Interior, el Fondo Castiella en la Real Academia de la Historia y el Fondo de Exteriores en el Archivo General de la Administración, fui sabiendo que cientos de nazis, fascistas y colaboracionistas con el Tercer Reich en fuga habían sido acogidos por varios Gobiernos europeos y sudamericanos; y, lo principal, que el Gobierno de Franco había tenido, entre los europeos, el papel más relevante a la hora de proporcionar asilo a este tipo de fugitivos, muchos de los cuales se quedaron en España hasta su muerte. Además, por los nombres que fueron apare-

ciendo resultó evidente que a su importancia numérica había que añadir la relevancia de varios de ellos, pues a España vinieron los dos dirigentes, el político (Ante Pavelić) y el militar (Vjekoslav Luburić), del Estado Independiente de Croacia, responsables de crímenes de guerra y de crímenes contra la humanidad, así como el líder de un partido fascista y colaboracionista con el Tercer Reich (Léon Degrelle); a lo que cabe añadir que también fueron acogidos en España dos de los principales responsables, uno alemán (Karl Bömélburg) y el otro francés (Louis Darquier de Pellepoix), de la deportación de los judíos franceses hacia los campos de exterminio. Fui sabiendo también que no todos los refugiados en España eran nazis, fascistas o colaboracionistas con el Tercer Reich, pues entre ellos había dictadores sudamericanos y dirigentes y militantes de organizaciones francesas clandestinas que se rebelaron contra la decisión de su Gobierno de aceptar la autodeterminación del pueblo argelino y que, en su exilio español, crearon la Organisation de l'Armée Secrète (OAS) para mantener el control colonial del territorio mediante un golpe de Estado en Argel. La OAS me interesó sobre todo porque entre sus fundadores y colaboradores había militares franceses que habían luchado contra los alemanes en favor de la Francia Libre, y en España se reencontraron con los refugiados de la Francia de Vichy. Por lo tanto, el de los refugiados al amparo del régimen de Franco se me presentaba como un mundo complejo. No faltaban entre estas personas que huían del nazismo, aunque la mayoría solo en tránsito hacia otros destinos.

Ante este perfil heterogéneo, decidí acotar el ámbito de mi estudio a aquellos refugiados políticos que guardaban relación con los vínculos que el régimen franquista estableció con los gobiernos fascistas y fascistizados existentes en Europa durante la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, decidí incluir a una parte de quienes vinieron a España pensando que aquí encontrarían los apoyos necesarios —o al menos la permisividad— para preparar la toma del poder en la nación de donde procedían. Y sucedió que durante la escritura del libro la figura de Léon Degrelle adquirió un especial protagonismo. No solo porque Degrelle fue de los primeros en llegar y se quedó aquí para siempre —aunque el Gobierno belga reclamara en seguida su entrega—, de forma que pasó en suelo español más de la mitad de su vida, sino porque el caso Degrelle tiene un alto valor ex-

plicativo de las decisiones que el régimen de Franco tomaba en materia de refugiados y acerca de las contrapartidas que le interesaban. La historia de Degrelle en España nos permite conocer los mecanismos de protección a los nazis aquí refugiados, es decir, la intervención de las autoridades, pero también de personas que, siendo parte del régimen o no, tomaron decisiones a nivel individual en favor de los asilados a los que les unían lazos ideológicos y personales; y, a la vez, arroja luz sobre el universo contrario, el de los cazadores de nazis. Además, la obra escrita de Degrelle y sus declaraciones a medios de comunicación internacionales han tenido y siguen teniendo un papel importante en la especialización del neonazismo en la negación del exterminio de grupos de población por el régimen nazi y sus aliados, con el propósito de blanquear las responsabilidades de quienes lo planearon y lo ejecutaron. Por todo ello, en este libro, que es fruto de décadas de investigación sobre el tema general, sigo principalmente sus huellas.

VENCIDOS, PERSEGUIDOS Y REFUGIADOS EN ESPAÑA EN LOS ESTERTORES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

En junio de 1944 comenzaba la Liberación de Francia y Manuel Gutiérrez Mellado, comandante afecto al Estado Mayor Central y futuro vicepresidente del Gobierno español, fue contactado por el servicio de inteligencia francés en Madrid, que se movía entre dos aguas: el Gobierno de la Francia de Vichy —a punto de desplomarse— y el Gobierno de la Francia Libre propiciado por la acción militar de Estados Unidos y Gran Bretaña. El personal de ambos servicios de inteligencia tenía asuntos pendientes que negociar. Y al Gobierno de Franco le interesaba mucho lo que sucediera en Francia.

Cuatro años antes, la mayor parte de la clase política franquista había recibido con alborozo las noticias llegadas de Francia, un país que había vivido en 1934, casi con la misma virulencia que en España, estallidos de violencia provocados por los antagonismos ideológicos. En 1936, como también acababa de suceder en España, se había impuesto por las urnas el Frente Popular, la coalición de partidos de izquierdas que incluía a los hasta entonces denostados comunistas; una victoria que resultaría asimismo efímera a causa de la temprana fractura de la coa-

lición. El rechazo y el miedo a un nuevo Frente Popular había posicionado a la mayoría de los conservadores franceses en contra de la democracia y, del mismo modo que España, Francia se encaminaba a una guerra civil que dejaría heridas casi imposibles de cicatrizar. Una parte de las derechas francesas pronunciaban una sentencia terrible: «Plutôt Hitler que Blum» («Mejor Hitler que Blum»). Y, para que nada faltara, el Partido Comunista Francés, obediente a Stalin, quien era ahora *amigo* de Hitler, se movilizaba en favor de la paz con Alemania.

En junio de 1940, en plena ofensiva de la Wehrmacht sobre Francia, varios altos mandos del ejército galo se habían expresado contra la idea de mantener la alianza armada con Gran Bretaña y a favor de solicitar a Alemania un armisticio que pusiera fin al conflicto armado iniciado con la invasión de Polonia por el Tercer Reich. De este grupo de militares formaba parte el general Philippe Pétain, vicepresidente del Gobierno. Así, aunque el ejército francés era uno de los más poderosos del mundo y disponía de medios para reorganizarse y continuar la lucha, lo que aconteció fue algo muy distinto. Bajo la presión de varios ministros de su gabinete y del alto mando, y vislumbrando en el horizonte los nubarrones de una guerra civil, el primer ministro Paul Reynaud dimitió, no tardando en ser detenido. Ese golpe de Estado incruento echó por tierra el plan de otros ministros consistente en solicitar a Berlín un alto el fuego en Francia, que el Gobierno se trasladase a África del Norte a bordo de la flota no dañada por la guerra, y continuar la lucha en estrecha alianza con Gran Bretaña; algo fácil de decir, pero que difícilmente aceptarían los alemanes ni tampoco una parte de la clase política y económica francesa. Por el contrario, buena parte de las fuerzas conservadoras decidieron aprovechar la oportunidad de acabar con la Tercera República francesa brindada por el ejército enemigo impulsando la candidatura de Pétain como jefe del Gobierno. El presidente de la República accedió y la Asamblea Nacional aprobó la concesión de plenos poderes a Pétain. Se opuso una parte de los diputados de la izquierda, entre estos Léon Blum, el líder de la Sección Francesa de la Internacional Obrera, al que esperaba la cárcel; varios de sus compañeros de partido se habían refugiado ya en Inglaterra. También se dirigió allí el recién ascendido a general Charles de Gaulle, entonces subsecretario de Defensa Nacional, al que seguirían un número muy reducido de oficiales.

Pétain solicitó a Alemania un armisticio por medio del embajador español, José Félix de Lequerica, consciente de que las relaciones entre Madrid y Berlín eran excelentes. El origen de esta situación se encuentra en la ayuda militar proporcionada por el régimen nazi al bando nacional enfrentado al republicano durante la Guerra Civil. No obstante, ahora era la España de Franco la que más aportaba en las relaciones bilaterales, cooperando con el Tercer Reich en diversos temas. El Gobierno español había autorizado la labor de los agentes del servicio de inteligencia militar alemán, el Abwehr, en la Península y en el Protectorado de España en Marruecos y el anexionado Tánger —antes ciudad internacional en Marruecos—, hasta el punto de que el *Kriegsorganisationen Spanien* (KO, organizaciones de guerra, sector España) llegó a ser el más grande de los puestos avanzados de la inteligencia militar alemana en el extranjero, pues hablamos de espacios estratégicos fundamentales para los países contendientes. Su trabajo era de información, desinformación, sabotaje, contraespionaje y seguridad, para lo que contaba con personal propio y con agentes pagados, alemanes y españoles, no integrados en la organización. Y lo mismo respecto al personal de la *Reichssicherheitshauptamt* (RSHA, Oficina de Seguridad del Reich), que controlaban los hombres de las *Schutzstaffel* (SS), ese Estado dentro del Estado de la Alemania nazi. Pues Heinrich Himmler dirigía el Ministerio del Interior; su segundo, Reinhard Heydrich, la RSHA; y Heinrich Müller la Gestapo, la Policía secreta dependiente de esa Oficina. La RSHA contaba con siete departamentos, y el VI correspondía al *Sicherheitsdienst* (SD, Seguridad Exterior), cuya sección 4 operaba en España y Portugal. En virtud de los acuerdos hispano-alemanes en materia de seguridad, a la delegación de la Gestapo le correspondía el control de la colonia alemana, y al SD el espionaje político. A lo dicho hay que añadir el trabajo realizado por una célula de información diplomática que dependía del Ministerio de Exteriores. Lógicamente, la cooperación hispano-alemana en materia de seguridad interior y exterior fomentó el establecimiento de relaciones personales basadas en la convergencia de intereses. El mismo efecto tuvieron la labor realizada por la Sección de Prensa de la embajada alemana en Madrid y la presencia creciente en el mercado español, en detrimento del capital inglés y francés, de los grandes consorcios alemanes, fundamentalmente de IG Farben, Siemens y AEG. Por esta

serie de concesiones el Gobierno de Franco no cobraba nada, lo hacía para expresar su amistad al régimen al que tanto debía —más que a la Italia de Mussolini—, aunque también porque la Alemania nazi había derrotado y ocupado varios países europeos con una rapidez y facilidad que habían sorprendido al mundo.

Especial relieve en la creación de afinidades interesadas, pero también de relaciones de amistad y afectivas, tuvo la creación de una red de sociedades empresariales controladas por el Ministerio de Economía alemán. A comienzos de la Guerra Civil española había nacido Hispano Marroquí de Transportes, S. L. (HISMA), empresa creada por el equipo de Hermann Göring, el número dos del régimen nazi, ministro del Aire y comandante en jefe de la Luftwaffe (fuerza aérea). Esta empresa se encargó de coordinar la asistencia militar a Franco y, en contrapartida, de canalizar los envíos de alimentos y materias primas españolas a Alemania, mecanismo este sí de pago del material de guerra y del servicio prestado por la Legión Cóndor durante la Guerra Civil. Bajo la dirección de Johannes Bernhardt, HISMA desplazó a los intereses privados alemanes del acceso a materias primas para un mejor control de aquellas vitales para la economía de guerra del Tercer Reich, sobre todo del wolframio. Dos años después, camino ya de la guerra en Europa, su estructura original se había transformado en una sociedad inversora y poseedora o gestora de varias empresas, Sociedad Financiera e Industrial S. A. (SOFINDUS), con el fin de afianzar el control alemán de la economía española y de canalizar las mercancías entre España y Alemania. Su director era de nuevo Bernhardt, quien poseía el sesenta por ciento del capital social. A este holding pertenecían empresas como Montes de Galicia-Compañía Exportadora de Minas, Corchos de Andalucía y Productos Resinosos, entre un total de veinticuatro.

Como resultado del armisticio suscrito el 22 de junio entre Alemania y la Francia derrotada, quedó sometida a la jurisdicción del alto mando alemán la zona norte y oeste, incluyendo todo el litoral atlántico: lo que se conocería como la Francia ocupada, con capital en París. En la zona del sureste se constituyó en julio un nuevo régimen antiliberal y derechista, y paulatinamente fascistizado, con capital en la pequeña ciudad de Vichy; Pétain ocupó la presidencia de ese Estado, que decía ser la Francia Libre, y designó, bajo presión alemana, a Pierre

Laval como jefe de su Gobierno; dos zonas de la Francia metropolitana y colaboracionista. Como la Francia colonial, que, en contrapartida, siguió siendo parte del imperio francés. En cambio, desde Radio Londres, De Gaulle no se cansaría de recordar a los franceses su obligación de continuar la lucha al lado de su aliada, Gran Bretaña, con muy escaso éxito durante los dos años siguientes. La Resistencia francesa tardaría en despertar, y los dirigentes comunistas lo harían solo después de que Hitler rompiera su pacto con Stalin y lanzara sus ejércitos sobre la URSS. Después vendría la Liberación de Francia gracias a un plan militar diseñado por el mando conjunto de Estados Unidos y Gran Bretaña, países que, además, ofrecerían la fuerza decisiva para la expulsión de los alemanes de Italia y Francia. Demasiado para la memoria de la sociedad francesa, perseguida hasta nuestros días por los recuerdos de lo sucedido durante aquella guerra que fue mucho más que una guerra mundial.

Durante cuatro años, la mayor parte de la derecha francesa colaboró con el Tercer Reich o guardó silencio sobre lo que estaba ocurriendo en su patria, incluida la persecución de la población judía, es decir, de los franceses de cultura u origen judío y de los judíos centroeuropeos que antes del comienzo de la guerra habían buscado refugio allí. El Comisariado General de Asuntos Judíos del Gobierno de Vichy —creado en marzo de 1941— fue dirigido primero por Xavier Vallat y, desde mayo de 1942, por un antisemita más radical, Louis Darquier de Pellepoix. Había mucho miedo entre una parte de los franceses. Pero si hubo detenciones, internamiento y deportación de judíos fue porque el Gobierno de Laval aceptó las exigencias de los alemanes y porque tanto el personal de la administración como la policía francesa cumplieron las órdenes recibidas en ese sentido.

Además de perseguir a quienes consideraba sus enemigos particulares, el Gobierno de Vichy colaboró con otro Gobierno, el de la España de Franco, para que este extendiese la persecución a sus enemigos fuera del territorio nacional. Sucedió así porque ambos Gobiernos mantenían ahora una relación amistosa. Es verdad que esa era una amistad de temporada, no solo porque los conflictos del pasado no hubieran cicatrizado, sino porque la derrota francesa pretendía ser aprovechada por los Gobiernos de Franco y de Mussolini para arrebatar a Francia parte de su imperio africano, si es que la Alemania vencedora

se decidía por esa solución en el reparto del pastel colonial, algo que difícilmente ocurriría. Sin embargo, el Gobierno de Vichy facilitó y tomó parte en el control y persecución de los dirigentes y cuadros de la izquierda española establecidos en Francia como consecuencia del exilio de 1936-1939. Además, fue ahora cuando de verdad comenzó a aplicarse el acuerdo franco-español de febrero de 1939 por el que el Estado francés reconocía al bando vencedor en la Guerra Civil española la propiedad de los bienes de su territorio que pertenecían a la República. Sucedió así porque, mientras procedía al rearme de su ejército, el Gobierno francés de centro izquierda buscaba la neutralidad de la España de Franco en el caso de que se desencadenase un nuevo conflicto europeo.

Una colaboración aún mayor en la persecución de esos exiliados fue la proporcionada por las autoridades alemanas establecidas en París. A este respecto, la Alemania nazi se ocupó de los españoles del exilio de dos formas: por propio interés, y con el visto bueno del Gobierno de Franco, una parte de los españoles que habían sido capturados por los alemanes cuando trabajaban en la construcción de obras de interés militar o que servían en la Legión Extranjera fueron ahora destinados a obras del mismo tipo en la costa atlántica; otros fueron enviados a campos de trabajo en el territorio del Reich, como el de Mauthausen (Austria), y una minoría a campos de exterminio. Además, en lo referido a las principales figuras del exilio español refugiadas en Francia, el Gobierno de Berlín proporcionó una ayuda decisiva al de Madrid. Aportó datos sobre su localización y participó directamente en su detención o la facilitó al personal policial adscrito a la Embajada española en París para esta labor. Gracias a esta colaboración serían conducidas a España varias personalidades del republicanismo, donde fueron juzgadas conforme a lo establecido en las leyes de Responsabilidades Políticas, de Represión de la Masonería y el Comunismo y de la Seguridad del Estado. Uno de los protagonistas de la caza de dirigentes de la Segunda República española en el exilio fue Pedro Urraca Rendueles.

La etapa parisina de Pedro Urraca y Hélène Cornette

Nacido en Valladolid en 1904, con estudios de perito mercantil y el conocimiento que proporciona haber viajado por varios continentes —para ver mundos distintos al suyo y para huir de sus padres y del ambiente de su ciudad natal—, Pedro Urraca dio un giro a su vida ingresando en la Escuela de Policía en 1928. Aunque muy mujeriego, su novia oficial —eso sí, a distancia— era entonces una joven francesa de familia acomodada llamada Hélène Cornette (en aquella época los franceses llevaban solo el apellido paterno). Pedro y Hélène se habían conocido tres años antes en Biarritz, en el suroeste de Francia, durante las vacaciones de las respectivas familias.

Hélène, que había nacido en París el 20 de agosto de 1908, era hija del primer matrimonio de Jeanne Compveut —nombre de soltera, nacida el 24 de junio de 1885— quien, como era entonces costumbre, adoptaría después el apellido de su marido: Cornette. En 1929 Jeanne casó en segundas nupcias con un viudo sin hijos, Fernand Stoffel, propietario de un taller especializado en complementos de moda que había levantado junto a su residencia en la parisina rue de l'Université.

Al salir de la Escuela de Policía a finales de ese año, Pedro Urraca fue destinado al Cuerpo de Vigilancia en Madrid. Para entonces, aunque la distancia que les separaba parecía agrandarse por las dudas mutuas respecto a su relación, Pedro y Hélène mantenían oficialmente su noviazgo. Unos meses después, Fernand Stoffel se resignó a cerrar la fábrica, afectada por la competencia de la producción industrial y la crisis económica mundial que acababa de estallar, pero el capital ahorrado le animó a transformar los locales destinados a talleres en pisos de alquiler. El matrimonio decidió mantener abierta la residencia parisina, pero pasaba la mayor parte del tiempo en la casa de campo que él había adquirido años atrás en Sèvres, ciudad ubicada en el área suburbana situada al suroeste de París. La inquilina de una de las plantas y del ático del edificio reconvertido para alquileres fue la pintora Antoinette Sachs, de origen judío y familia acomodada, divorciada, amiga de escritores y pintores de ideas izquierdistas y, en breve, militante del Partido Radical-Socialista.

Finalmente, tras un largo noviazgo, Pedro y Hélène se casaron en octubre de 1930 en París. Tras el viaje de novios, él regresó a Madrid y

ella se instaló en la casa del matrimonio Stoffel en Sèvres, para estar junto a su madre y cerca de la capital. Esta situación de encuentros esporádicos, y básicamente durante las vacaciones del policía, se mantuvo durante los años siguientes a la proclamación de la Segunda República española. Aparte de sus ascensos en la Policía, se sabe muy poco de la vida de Urraca durante estos años, si bien sus diarios le sitúan paulatinamente como afecto a la derecha no democrática. En la distancia vivió el embarazo de su esposa y el fallecimiento de Fernand Stoffel. Seguía en Madrid cuando se produjo el golpe de Estado de julio de 1936 y el nacimiento de su hijo, el día 27 de ese mes. Tras varias semanas, Urraca decidió pasarse al bando de los sublevados, o por lo menos abandonar el puesto de funcionario al servicio de la República. Antes de que finalizara 1936 consiguió esconderse en el hospital de San Luis de los Franceses, dependiente de la Embajada de Francia, y después en la propia Embajada. Fue a mediados de 1937 cuando Urraca pudo viajar a Valencia gracias al pasaporte falso que le proporcionaron; allí, a la espera de un pasaje para un barco, encontró de nuevo refugio en el consulado francés. A mediados de octubre zarpó rumbo a Marsella y de ahí viajó a París para pasar unos días con su esposa y conocer a su hijo de quince meses, al que llamaban Jean-Louis. Permaneció allí poco tiempo, ya que el 26 de octubre Urraca viajó a Irún y se incorporó al incipiente Estado franquista establecido en Burgos. En diciembre comenzó a trabajar en el Comité de Moneda Extranjera, encargado de vigilar las operaciones monetarias del bando republicano. Estuvo poco tiempo en este destino, pues su conocimiento del inglés y el francés y su capacitación profesional le abrieron las puertas del Servicio de Información de la Policía Militar en Francia y la posibilidad de desempeñar, además, diversas labores de inteligencia en Gran Bretaña, adonde viajaba en ocasiones acompañado de su esposa. Urraca se estaba labrando un buen futuro en la policía franquista mientras se acercaba el fin de la Guerra Civil y la tensión internacional aumentaba hasta desembocar en el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Desde España se seguía con mucho interés la evolución de los acontecimientos, y casi todos los que integraban las familias políticas franquistas deseaban la derrota de Francia, aunque no todos la de Gran Bretaña, o al menos no los monárquicos fieles a Juan de Borbón, que ya desconfiaban de que Franco fuera a ceder los poderes al titular de los «derechos históricos» a la corona de España.

Precisamente fue en algún momento de 1939 cuando el reencuentro de Hélène y Pedro se produjo en la capital francesa. Tras una breve estancia del matrimonio y el niño en Madrid, en el piso de la calle de Lista que él había comprado años atrás, viajaron a París y se instalaron en la mansión de la rue de l'Université. A finales de octubre, Urraca ganó la plaza de agregado policial adscrito a la Embajada de España —un puesto dependiente del Ministerio de la Gobernación— y se incorporó en noviembre. Su labor era vigilar e informar sobre los españoles refugiados en Francia que participaban en actividades políticas, sobre todo de los dirigentes, mediante la observación y el pago a confidentes. De las protestas a las autoridades francesas por las actividades antifranquistas de españoles y franceses se encargaba el embajador de España, José Félix de Lequerica. Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco, era ministro de la Gobernación y José Finat y Escribá de Romaní, conde de Mayalde, director general de Seguridad; ambos pertenecientes a la derecha autoritaria católica que había abrazado el fascismo.

Durante estos meses Hélène iba y venía de Sèvres, para ver a su madre, Jeanne, y a su hijo Jean-Louis, quien vivió casi todo este tiempo con la abuela. Su padre siempre le quiso lejos de él y de la esposa, o más bien nunca le quiso. Los biógrafos de Pedro Urraca han interpretado el desapego que sentía hacia su único hijo o su intensa vida sexual —al menos antes del matrimonio— como una consecuencia de su propia crianza, carente de afecto de sus progenitores, y en la que tuvo el lugar del menor de cuatro hermanos de una familia de clase media que lo ingresó con seis años en un colegio internado en la ciudad donde veraneaban, San Sebastián.

Posiblemente, el matrimonio conformado por Pedro Urraca y Hélène Cornette celebró las victorias alemanas de 1939-1940, sobre todo las de Dinamarca, Holanda y Bélgica y la que iba a sufrir Francia, y lo mismo la madre de ella, que hacía ostentación de sus relaciones sociales y políticas desde la presidencia de la Cruz Roja en Sèvres; madre e hija creían que la victoria alemana serviría para liquidar la posibilidad de un nuevo Gobierno del Frente Popular en su país. Todo lo contrario que su inquilina, la pintora Sachs, quien, temerosa del desplome del ejército francés, abandonó París a finales de mayo de 1940 para dirigirse a Burdeos y de ahí en barco a Casablanca, en el Marruecos francés. Sin embargo, los pasajeros no fueron autorizados a desembarcar ni allí